Simpson estimando que en todas ocasiones el tiempo es oro, se había marchado con el negro.

Habían vuelto á la roca del Sabi.

Benjamín habíase zambullido y pudo comprobar que el tesoro no estaba en el sitio designado.

Simpson, por instinto profesional se había puesto á escudriñar en los alrededores.

De repente, volvió al claro corriendo y exhibiendo un hallazgo que acababa de hacer.

Era un sombrero de grandes alas.

Y este sombrero lo conoció como perteneciente al vizconde de Blaisois.

Todos comprendieron la importancia de este hallazgo.

Era una pista segura.

Y corriendo á la desbandada, siguió el policía hasta el sitio donde había encontrado todo aquello.

Era en mitad de un «kloof» que nacía en las orillas de la ribera y serpenteaba entre las colinas para unirse á un desfiladero que aislado se encontraba á tres millas de allí.

—¿Dónde conduce este desfiladero?—preguntó Eustaquio.

—A un terraplén, y después á una llanura inmensa y aislada.

—¿Y esta planicie?

—Se extiende hasta la frontera portuguesa—respondió uno de los boers.

Van Berkel y Benjamín Coco eran del mismo parecer.

En cuanto á la señorita Montecristo si hubiese podido acordarse, hubiera reconocido el desfiladero por el que, doce años antes, huyendo con su padre, Paméla y Zimbo, habían desembocado en el valle del Sabi.

Después de un corto examen, nuestros amigos terminaron por creer que el vizconde se había escapado en esta dirección y comenzaron la persecución.

La tempestad de arena que tan poco había asustado al vizconde acababa de desencadenarse.

Van Berkel maldijo este contratiempo.

Pero las tres mujeres dijeron que el huracán no les impediría seguir á sus amigos.

Por suerte, la señorita Montecristo tenía un pañuelo de batista, lo cortó en tres pedazos; guardó uno para ella y los otros dos se los dió á Elena de Champigny y á Paméla que se lo colocaron ante los ojos.

Esta venda no impedía su marcha.

Como faltaban tres caballos, los dos que habían sido mutilados por los bandidos y el que se había llevado el vizconde, las mujeres según costumbre habían sido colocadas en la grupa.

Protegidos por las dos vertientes de la montaña, nuestros héroes no sintieron tanto los efectos del huracán.

A veces una ráfaga llena de polvo que quemaba les azotaba el rostro, los cegaba momentáneamente y se introducía por la boca y las narices.

Deteníanse un momento, tapaban los ojos con trapos mojados en agua, que habían tenido la precaución de llenar sus calabazas, y después continuaban cabalgando.

—¡Valor!—decía Van Berkel, esto no durará mucho tiempo, el nucleo de la tromba ha marchado hacia el Este.

Efectivamente, la tempestad de arena cesó después de unos minutos, pero la lluvia continuaba cayendo y los truenos arreciaban.

La escena era terrible.

—¡A buena hora la lluvia!

—Prefiero este chaparrón á la menuda lluvia. ¡Estrafalaria lluvia! Tengo la boca como si comiendo ostras, hubiese ronchado las escamas—dijo el incorregible Arístides.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00006D1900030000